

NEIL SMITH

BANG CRUNCH

Traducción de Andrea Lombardi



Índice

Proteína verde fluorescente	13
Islotes	37
Los B-nignos	55
Bang Crunch.....	73
Álbum de recortes	83
La caja de la mariposa	99
Extremidades	111
¿Raro o gracioso?	131
Agradecimientos.....	153

Proteína verde fluorescente

Ruby-Doo parlotea sobre el genoma humano. Estamos los dos en el parque Westmount. Yo estoy practicando mis ganchos mientras él está tirado en un banco al costado de la cancha de básquet.

Ruby-Doo tiene, cuándo no, un libro en las manos. Es un tipo medio petiso, flacucho. Bueno, por lo menos comparado conmigo.

—¿No sería increíble —dice, mientras se rasca una axila— poder mapear miles de genes en tu cuerpo? Rastrear de dónde viene cada uno. Descubrir rasgos ocultos.

Ayer, su madre me dijo que Ruby-Doo es un niño prodigio. Pero a los diecisiete, ¿*niño* prodigio no es un insulto? Yo tengo diecisiete, también. Uno de mis mayores talentos: hacer girar una pelota de básquet sobre mi dedo índice.

Encesto desde mitad de cancha, y Ruby-Doo hace el falso clamor de multitud —el “wahhhhh” en sordina— que le enseñé. Dribleo hasta su banco.

—Supongamos que tienes el gen para convertirte en un prodigio musical —dice, pestañeando en el sol de julio—. Excepto que no tienes ni idea, porque nunca te sentaste frente a un piano. A diferencia del enanismo o del pelo rojo, el genio musical no es visible. Lo ves solamente bajo condiciones especiales.

En un campo al lado de las canchas, un grupo de teatro ensaya *Romeo y Julieta*. Cada tanto, a Ruby-Doo lo ahoga algún tarado en calzas que grita: “¡Prodigioso me resulta el nacimiento del amor!” o algo igualmente tonto. Pero Ruby-Doo no parece notarlo; sigue y sigue sobre ciertos genes como archivos ultrasecretos para los que necesitamos una autorización especial. Recuerdo a mi mamá diciendo que el alcoholismo es hereditario, y que tal vez ella y yo tengamos el gen, así que le digo a Ruby-Doo que no quiero abrir esos archivos secretos.

—Probablemente no sea bueno —digo.

Ruby-Doo me mira como si estuviera escribiendo un informe científico sobre el adolescente promedio actual.

—Sabes, Hippie —dice—, a veces eres un verdadero derrotista.

¿Qué carajo es un derrotista?

—Vete a la mierda —digo.

Mi verdadero nombre es Max. Hippie es como me llama Ruby-Doo. El apodo es una broma: llevo el pelo rapado, uso remeras polo con un pequeño logo de cocodrilo y juego en un equipo de básquet. Llamo a René-Louis Rodidoux por su apellido, pronunciándolo como Scooby-Doo. Nos conocimos al principio del verano, cuando mi mamá y yo nos mudamos a Westmount desde Saint-Bruno.

Cada tarde, mientras yo encestaba, Ruby-Doo estaba en el parque, leyendo. Se lo veía siempre tan absorto: me molestaba. Un día, tiré la pelota sobre él a propósito e hice que su libro saliera volando.

Me disculpé, fui, recogí el libro y lo limpié de polvo. En la tapa se veía el hocico peludo de un mono.

—¿De qué se trata tu libro? —le pregunté, mientras se lo devolvía.

El tercer chimpancé, me dijo, era sobre evolución y genética, sobre el desarrollo del lenguaje y del arte.

—También sobre sexualidad —agregó.

—¿Sexualidad?

—Sí, como por qué las mujeres no pueden saber cuándo están ovulando —dijo, imperturbable—. Como por qué los hombres tienen el pito tan largo pero bolas tan chicas comparadas con los chimpancés.

Apoyé la pelota sobre mi cadera.

—Estás jodiendo, ¿no?

Su boca se curvó en una sonrisa. Ahí fue que noté sus ojos: uno era amarronado, el otro azul. Como algunos *huskies* que se ven por ahí.

Mamá y yo nos mudamos a Westmount como parte de su cambio de vida. Quería todo nuevo. Nuevo trabajo: como socia en una clínica dermatológica privada. Nuevo novio: un anestesiólogo bobo de nombre Brian que me llama “campeón” y que chupa mondadientes en público. Nuevo color de pelo: una cosa que se llama “fuego peruano” (se parece al color de las brasas del asado). Nuevo grupo AA: el capítulo Westmount, al que va cada semana.

Nuestro nuevo hogar es el piso de arriba de una casa enorme de ladrillos que está a la vuelta del YMCA. El departamento tiene una entrada de puta madre, larga como una pista de *bowling* de madera clara. Otra cosa buenísima: el baño privado que está saliendo de mi habitación tiene una ventana de vidrio coloreado muy cursi que hace que mear sea una experiencia religiosa.

Una noche, vuelvo a casa desde *Passion des Fruits* —el almacén en el que repongo productos *part-time*— y me encuen-

tro a mi mamá arreglándose para una cita. Frunce el entrecejo mientras se mira en el espejo del pasillo.

—Estos dientes caninos que tengo —dice— sobresalen como los palcos en la ópera.

Mientras se pone aros enormes me pregunta si Brian me hace acordar a mi papá:

—El pecho de oso, la mandíbula pronunciada, viste.

—Quizás —contesto—. Excepto que Brian no es un muerto tieso cuya viuda ya anda cogiendo por ahí.

Mamá se pone del color de su pelo.

—Sorete —escupe—, no me digas cómo llevar mi duelo.

—Ma, es un chiste —miento.

Me arroja un aro. Erra por un montón.

Hace dos años, mi papá murió de un aneurisma cerebral. Simplemente cayó muerto en la pista de *curling* mientras alineaba un tiro. Era un buen jugador, mi papá. Una vez hizo un chiste sobre cómo quería que sus cenizas fueran puestas en una piedra de *curling* ahuecada.

Adivinen qué: mi mamá decidió hacerlo.

—¡Por Dios, era sólo un chiste de papá! —grité, y no pude contener unos sollozos enormes.

Mi mamá me tomó de los hombros y me apretó tan fuerte que las lágrimas se detuvieron al instante.

—Escúchame bien, Max —me dijo en un grito susurrado y rarísimo—. Necesitamos un poco de liviandad. ¿Entiendes?

No discutí. No quería que se estresara todavía más, porque en momentos de estrés podría recaer en sus viejos amigos *chardonnay* y *sauvignon blanc*. Dos semanas después del funeral, la encontré en la cocina, pálida y temblorosa. Tenía en las manos algo así como un tirabuzón, una cosa retorcida como para extraer un feto.

—¿Qué estás haciendo, ma? —Mi voz sonó pequeña e infantil. Asustada.

—Nada, cielo —murmuró.

Entonces vi la botella de vino blanco sobre la mesada. Me detuve en el vano de la puerta, mirándola descorchar la botella, servir una copa y tirar el resto (glu, glu, glu) en la pileta. Después levantó la copa, acercó la nariz... y sólo olió.

Mientras se escabullía fuera de la cocina, me dio la copa de vino. Tomé un trago de la cosa —tenía gusto a dolor de cabeza líquido— y después derramé el resto en un florero con flores marchitas del funeral.

—Admirable —dice Ruby-Doo cuando ve la piedra de *curling* sobre el escritorio de mi madre como un pisapapeles gigante—. ¿Puedo levantarla?

Asiento con un gesto, alza la piedra con delicadeza de la manija curva y se sienta en un sillón de cuero. Frota la palma de su mano sobre la superficie de granito de la piedra, que es gris azulada con manchas blancas.

Salvo a Ruby-Doo, no le conté a ninguno de mis amigos sobre la piedra de *curling*: es una maldita vergüenza que tu padre sea un genio cremado metido en una botella.

—Cuéntame sobre tu padre —dice Ruby-Doo.

Así que me siento sobre la cama de mi mamá y hablo sobre mi padre. Que era un profé de literatura en CEGEP. Que usaba expresiones como “cáspita” y “pardiez” frente a mis amigos sólo para mortificarme.

—Cuéntame más, Hippie —sigue diciendo Ruby-Doo. Así que sigo el viaje al pasado, esquivando algunos detalles, como por ejemplo lo mucho que la bebida de mi mamá angustiaba a mi papá.

—Su voz —digo— era lenta y arrastraaba las palabras, porque creció en Alabaaaaama. Y qué loro, estaba siempre hablando. Yo lo ignoraba, como música ambiente. Pero después de su muerte, nuestra casa quedó completamente silenciosa, así que sospecho que medio extrañaba el sonido de fondo de su voz.

Usualmente no le cuento a la gente cosas superconfidenciales como estas. Pero lo hago con Ruby-Doo, y juro que se le llenan los ojos de lágrimas. Por un par de segundos, siento el mismo dolor horrible que sentí cuando murió mi papá, como si me pusieran astillas en el corazón. Pero después miro a Ruby-Doo y lanza una carcajada.

—¿Qué? —dice—. ¿Qué es tan gracioso?

El tipo está acunando y acariciando la piedra de *curling* como si fuera un maldito gatito. Tomo la piedra de sus manos y la pongo otra vez sobre la mesa. Después levanto a Ruby-Doo (es liviano como una chica) y lo tiro sobre la cama de mi madre.

—Hey —dice—. ¡Hey!

Desde el living mi madre grita: “Nada de jugar a lo bruto”, como si tuviéramos diez años.



La casa de Ruby-Doo es grande y oscura y atestada de muebles viejos e incómodos con patas en garra. En las paredes hay lúgubres fotos en sepia de parientes muertos.

Me invitó a un asado que sus padres hacen en el jardín. Espero hamburguesas y *hot dogs*, pero hay un servicio de *catering*. Mozos con bandejas de bocaditos elegantes serpentean por entre los invitados. Hay hombres en trajes de lino y con corbatas de moño. Contrataron a una mujer para que toque el violín. Salvo un par de chiquitos de seis que se la pasan arrojando un *frisbee* a la violinista, soy la persona más joven aquí.

Para tener algo de privacidad, Ruby-Doo y yo comemos el postre (pastel de azúcar) en su balcón cerrado. Habla y habla sin parar sobre este bicho raro que se llama Nicholas Pop, un artista americano que transfiere genes de una especie a la otra.

—El tipo aisló la proteína verde fluorescente que hace que las aguavivas del noroeste del Pacífico brillen —dice Ruby-Doo, sacudiendo su tenedor—. Y fíjate en esto: inyectó ese gen en la cigota de un cobayo. Derecho en su ADN.

Su cara se ilumina y mientras habla su rodilla izquierda se sacude. Mirándolo, me doy cuenta de lo extraño que Ruby-Doo resultaría para mis viejos amigos de Saint-Bruno.

—Bajo luz regular, el animal se ve normal, un cobayo albino nomás. Pero si se añade luz ultravioleta, la cosa brilla con un verde fluorescente de otro mundo.

—¿Por qué llamar artista a ese charlatán? —pregunto—. ¿Los roedores que brillan en la oscuridad son arte?

—Depende —murmura Ruby-Doo, con la boca llena de pastel. Traga haciendo ruido—. ¿Qué tal si el arte es encontrar belleza en lugares inesperados?

El tipo este Pop tiene un sitio web: www.quimera.com. Ruby-Doo le mandó un mail de fan y Pop le respondió. Parece que va a estar dando conferencias en Montreal pronto y le mandó a Ruby-Doo dos entradas gratis. Ruby-Doo saca las entradas del bolsillo y me da una.

—Para ti, Hippie —dice, palmeando mi rodilla—. Para agradezerte por escuchar mi divague delirante.

La entrada es verde fluorescente. De un lado está la fecha de la conferencia, junto con la dirección del teatro. Del otro lado, sólo una palabra, que leo en voz alta:

—Brilla.

Saliendo a comer nosotros dos, bromea mi mamá, es como tu papá hubiera querido que nos gastemos la plata de su seguro. Así que, cada jueves a la noche, vamos a un restaurante nuevo —indio, etíope, thai, mexicano, lo que sea— y tratamos de pedir algo que no pongamos en nuestra boca habitualmente. Esta noche, arraso con una sopa de pescado y habas, y codorniz rellena con manzanas y tomillo; mi mamá devora *escargot* con queso de cabra y después un plato de ostras. Estamos en este lugar francés acogedor, con sólo una docena de mesas. La nuestra está cubierta con un mantel amarillo decorado con girasoles que parecen escarabajos peloteros.

Mientras estudio el menú de postres, mi mamá me pregunta si estoy disfrutando mi trabajo de verano.

—Apilé un cajón de berenjenas, hoy —digo—. ¿Alguna vez observaste lo hermosas que son? ¿Con sus pancitas púrpuras como Buda?

Estoy tratando de encontrar belleza en lugares inesperados, pero mi madre sólo me mira extrañada.

—¿Qué le hicieron a mi hijo, el deportista filisteo?

“El deportista filisteo” es como me llamaba mi antigua novia, Madison O’Connor. Incluso frente a mi madre.

—¿Tuviste noticias de Madison últimamente? —pregunta mi mamá, y digo que no con la cabeza.

Madison usaba un perfume que olía a ese polvo de frutilla que se mezcla con leche. Cuando se mudó a Chicago, me compré una lata de esa cosa para recordarla. Pero para cuando terminé la lata, medio que ya habíamos dejado de escribirnos.

—Algunas relaciones simplemente se enfrían —dice mi mamá, y suspira con dramatismo, como si estuviera en escena.

—Okey, ¿qué está pasando?

Hace un poquito de origami con su servilleta por un rato. Después suelta:

—Brian me propuso matrimonio.

La codorniz que comí está de pronto picoteándome las entrañas.

—Voy a decirle que no —dice, al verme tan perplejo—. Hace sólo cuatro meses que salimos. —Se revuelve un poco el pelo con las manos—. Brian es adorable, pero es... un poquitín aburrido. Quiero decir, el tipo es el único anesthesiólogo que no necesita drogas para que los pacientes se duerman.

Se ríe de su propio chiste, con su carcajada característica, que despliega los empastes de sus dientes.

Me siento culpable por haber hecho lío por Brian.

—Que estés saliendo —digo— pienso que es algo bueno.

Mi mamá alza las cejas.

—No, en serio lo pienso —digo, y me pregunto si es la verdad. Después digo lo que sé que es verdad—: Papá hubiera querido que lo hicieras.

Me siento mal mencionando a mi padre, pero mi mamá sólo sonrío y mira su plato de ostras vacías, su cuenco de castañuelas.

Esa noche, oigo a mi madre hablando en su habitación con la puerta cerrada. Dice:

—Mil días sobria. —Asumo que está al teléfono con alguna de sus amigas locas, hasta que agrega—: ¿Puedes creerlo, Carl?

Le está hablando a la piedra de *curling*.

El viernes tengo el día libre en el almacén. Alrededor del mediodía, suena nuestro portero eléctrico. Cuando aprieto el in-

tercomunicador, escucho la voz entrecortada de Ruby-Doo lloriqueando:

—¿Puede Max salir a jugar?

Me lleva en un recorrido por sus lugares favoritos de Montreal. Afuera de la estación de metro de la Plaza Victoria me señala unas lámparas callejeras: dos monstruosidades sinuosas, verde lagarto con ojos amarillos como pis. Son extraterrestres atacando una ciudad suburbana en una peli de terror de los años cincuenta. En un edificio cercano, nos subimos a su elevador favorito: un aparato que parece una jaula para pájaros, operado por un tipo viejo cubierto de caspa. A lo largo de toda la subida, el tipo anuncia los pisos en una jerga bilingüe de francés e inglés: “twuzieturdfloor... katriemfortfloor.”

Más tarde, caminamos por una calle serpenteante en la que los adoquines sobresalen por sobre el asfalto. Aplastada entre dos tríplices de ladrillo hay una casa pequeña de madera que Ruby-Doo me quiere mostrar. Es color caramelo y tiene postigos enormes y el techo de tejas de madera. Si tocáramos el timbre, contestarían Hansel y Gretel.

Más adelante por esa calle hay un parque pequeño con una estatua de cemento de un perro hecho una bolita durmiendo la siesta. Ruby-Doo palmea la cabeza del perro y pregunta:

—¿Y qué hay de ti, Hippie? ¿Qué tipo de cosas te gustan?

No me viene nada en mente, así que digo:

—Salir a caminar con mi amigo retardado. —Y Ruby-Doo me lanza una sonrisa luminosa, como si le hubiera hecho un cumplido supremo.

Alrededor de la hora de la cena, deambulamos por el corazón del centro. Las calles están cerradas por el festival de *jazz*, y cientos de personas están dando vueltas. Hay un escenario montado frente al museo de arte. Encontramos una

zona vacía en el pasto del museo y nos tiramos al piso. Cerca de nosotros hay dos punks: un tipo de pelo púrpura y una chica de pelo azul, ambos con las cejas afeitadas. Ruby-Doo señala a la rata que Pelo Azul tiene como mascota sentada sobre su hombro.

—Te crees especial, Hippie —me dice—. Pero si desarmáramos tu genoma veríamos que está construido con los mismos ladrillos que el de la rata.

Estoy a punto de decir “No me creo especial”, pero me detengo porque ese fue uno de esos días perfectos que te hacen creer que sí eres algo especial.

Ruby-Doo dice que la rata y yo fuimos hechos con el mismo juego de Lego *deluxe*.

—Lo que los diferencia —dice— es qué piezas fueron seleccionadas, y el orden en el que fueron apiladas.

Sobre el escenario, una cantante en un vestido tan ajustado que parece cerrado al vacío se desliza hacia el micrófono. Me recuesto en el pasto y escucho su voz profunda y grave cantar sobre el amor y la pérdida, y la de Ruby-Doo, aguda y alegre, hablar sobre la vida y los Lego.



Jugamos dos contra uno: yo versus Ruby-Doo y la nodriza de *Romeo y Julieta*. El nombre de la nodriza es Charlotte, una bella veinteañera que probablemente no consiguió el papel de Julieta porque es negra y gorda.

—Mueve tu culo, flacucho —le grita a Ruby-Doo, revolteándole la pelota.

Él la mira, asombrado. Para cuando vuelven a llamar a Charlotte al ensayo, la camiseta de Ruby-Doo está manchada de sudor,

como esas manchas de tinta que usan los psiquiatras. Se des-
ploma sobre la cancha.

—No puedo más —gruñe—. Dios tenga piedad de mi
culo blanco y flacucho.

Volvemos a mi casa para cenar y ver su película favorita,
2001: Odisea del espacio. Mi mamá está en la cocina, revolviendo
con una cuchara de madera una olla sobre la hornalla.

—*Salut, Max. Salut, Ruby-Doo* —dice—. *Je vous fais du
chili ce soir, les gars.*

Esto me molesta por dos motivos. Primero, porque sólo
yo puedo llamar Ruby-Doo a René-Louis. Segundo, ¿por
qué tiene mi mamá que humillarme siempre con su horrible
francés?

Mi mamá saca una cucharada de chili y sostiene la cuchara
frente a los labios de Ruby-Doo.

—*Délicieux* —murmura él. Cayó un poco de salsa sobre su
barbilla, y mi mamá se la limpia con un repasador, apoyando
una mano sobre su hombro. Después desordena su cabello. Mi
mamá siempre fue toquetona, lo que puede ser vergonzoso y
humillante. Ruby-Doo la mira con timidez.

—¿Quieres ver la película con nosotros, Peggy?

Peggy dice que no puede porque tiene que irse a AA en
cinco minutos.

Peggy dice AA como si estuviera hablando de una reunión
de padres.

Ruby-Doo está un poco incómodo.

—Oh, okey —dice—. Hey, perdón.

—No hace falta perdonar nada —insiste mi mamá—. Tengo
mi problema con la bebida bajo control desde hace años. —Y
después—: Estás sorprendido porque soy doctora.

—No, no —dice él.

—Algunos médicos clínicos incluso beben en el trabajo — dice mi mamá—. El juramento que hacen es más hipócrita que hipocrático. —Lanza su carcajada habitual.

Mientras nos sirvo vasos de agua, Ruby-Doo dice con su tono de Señor Ciencia que ha leído que el alcoholismo es una enfermedad.

Más bien una herida hecha por uno mismo, pienso yo. Una vez mi mamá me fue a buscar a los mini-*scouts* completamente borracha. Después de eso, mi líder *scout* siempre me preguntaba cómo iba “mi vida familiar”, como si estuviera ansioso por llamar a Asistencia a la Infancia.

Mientras mi mamá parlotea, anuncio que Ruby-Doo tiene que ducharse. Una vez que se ha ido a mi habitación, mi mamá se dirige a mí:

—¿Todavía te avergüenza mi alcoholismo? —Me golpea con su cuchara de madera—. Yo aprendí a aceptarlo, tú deberías hacer lo mismo.

Suena al paso ocho de su programa de doce pasos.

—Mira, lo que me avergüenza —digo— es que toquetees a Ruby-Doo. —Para sonar cruel, añado—: ¿No eres demasiado vieja para él?

Ella me mira y ríe.

—Me matas, chiquito.

Una vez que mi mamá se va, me quito la camiseta sudada y abro la puerta de mi habitación. Hay huellas húmedas desde mi baño hasta mi vestidor. Ruby-Doo está parado frente al espejo del vestidor, pasando un peine por su cabeza. A sus pies está su bolso, con un montón de ropa que sobresale.

Me acerco por detrás de él. Una de mis toallas de playa envuelve su cintura, y el agua gotea por su espalda. En su nuca se ven unos pelitos rubios.

—¿Así que el culo flacucho está limpio? —digo. En broma, le saco la toalla de un tirón. Estoy a punto de decir “Sip, es de verdad flacucho”, pero con él allí, desnudo, las palabras se me quedan atoradas detrás de los dientes.

En el espejo, Ruby-Doo me está mirando, con las pupilas grandes como monedas. Nos miramos fijamente como si fuera una competencia, así que me siento perdedor cuando desvío la mirada.

Apoya el peine, y se da vuelta muy lentamente. Veo su ojo azul primero, después el marrón. Levanta el brazo y pone una mano en torno a mi bíceps izquierdo.

Lo aprieta.

Me separo.

—Es hora de ducharme —murmuro. Me apuro hacia el baño y trabo la puerta.

Me doy una ducha larga y fresca, pero de algún modo estoy todavía transpirando después de cerrar el grifo.

Durante la escena inicial, un hombre mono revolea un palo y aplasta el cráneo de un jabalí. En extremos opuestos del sillón, Ruby-Doo y yo estamos mirando *2001*. Con la voz quebrada como si tuviera trece años, Ruby-Doo dice:

—Es bueno que tu mamá vaya a AA.

Yo digo:

—Ahá. —Y mantengo los ojos pegados a la pantalla del televisor mientras llevo chili a mi boca.

En otra escena, una nave espacial vuela hasta la Luna. A bordo hay una azafata que usa zapatos con suelas de velcro para anclarse en el piso.